

¿POR QUÉ EL PRI NUNCA MUERE?

CÉSAR CANSINO / GERMÁN MOLINA CARRILLO



PRI

GRUPO EDITORIAL
MARIEL



Victor Alejandro Espinoza Valle

La pregunta que nos convoca: “¿por qué el PRI nunca muere?”, representa un verdadero desafío intelectual. En lo que sigue trataré de establecer al menos algunas hipótesis plausibles que nos permitan aproximarnos al tema. Más específicamente, ¿cómo es posible que tras más de 70 años de un sistema de partido hegemónico el PRI pierda el poder en 2000 y después de dos sexenios panistas regrese tan campante y gane las elecciones?

Más bien se trata de uno de los misterios más intrincados de la cultura política nacional. Lo cierto es que los investigadores descuidamos el estudio de tan singular organización política. Después de los trabajos de Arnaldo Córdova y Luis Javier Garrido,¹ supusimos que si el PRI llegaba a perder la Presidencia de la República se desmoronaría, al cortarse su cordón umbilical.

Quienes se dedicaban al estudio de los partidos políticos trasladaron su vista al Partido Acción Nacional (PAN), pues se trataba de la organización emergente que había comenzado a cosechar triunfos en el norte del país y se iba acercando a la fortaleza central. El triunfo de Ernesto Ruffo Appel en 1989 y la serie de gubernaturas que fue conquistando auguraban un triunfo en la elección presidencial de 2000. Por ello ya no

1 Dos trabajos clásicos son los de Arnaldo Córdova (1972) y Luis Javier Garrido (1986). Otra obra fundamental sobre el PRI es la de Francisco Reveles Vázquez (2003).

tenía ningún caso estudiar a un cadáver: el PRI. Ya se había decretado su enfermedad terminal, era cuestión de tiempo.

El martes 25 de septiembre (2012), Enrique Peña Nieto escribió en su cuenta de Twitter: "Hace 135 años nació Plutarco Elías Calles, mexicano que comprendió que el camino a la paz y el desarrollo está en las instituciones".

El 6 de marzo de 1929 don Plutarco fundó el Partido Nacional Revolucionario, que el 30 de marzo de 1938 se transformó en Partido de la Revolución Mexicana y el 18 de enero de 1946 en Partido Revolucionario Institucional. La intención original era contener e integrar en una organización política a los caudillos y caciques regionales que se disputaban el poder y dar estabilidad política al país. Con el tiempo se convirtió en una estructura perfectamente aceitada que conducía el presidente de la República cuyo poder devenía del cargo. La disciplina era indispensable para aceptar la decisión que emanaba de Los Pinos por medio de la cual se otorgaban los principales puestos y se designaba a quienes ocuparían los cargos de representación. Así funcionó a lo largo de siete décadas, teniendo como base un sistema corporativo de intercambios y apoyos, en un país con un crecimiento económico sostenido que permitió el surgimiento de una clase media vigorosa y conservadora.

Sin el control de la Presidencia todo indicaba que el sistema priista se derrumbaría. ¿Qué sucedió? Considero que al menos pudiera haber dos grandes ámbitos de explicación a manera de hipótesis: el de la cultura política y lo que han hecho y dejado de hacer sus adversarios y enemigos que le permitió mantenerse durante el periodo crítico y luego emerger de las cenizas para conquistar la Presidencia de la República.

¿Es el PRI parte de la cultura mexicana? La respuesta es: sin duda. No se pueden explicar los triunfos electorales y la permanencia priista solo como producto de las triquiñuelas, la corrupción o el fraude. Los mexicanos aprendimos a vivir en una cultura política antidemocrática y clientelar. Más de siete décadas en el poder en condiciones de un sistema de partido hegemónico, con una oposición leal o marginada, sin oportunidad de contar con representación formal en los ámbitos municipal, estatal y en el Congreso, aunado a un crecimiento sostenido de la economía que permitió un sistema corporativo de intercambio de

apoyos políticos por bienestar laboral y familiar produjeron una ciudadanía de muy baja intensidad o prácticamente inexistente.

Según las *Encuestas Nacionales de Cultura Política y Prácticas Ciudadanas* que la Secretaría de Gobernación aplicó en cuatro ocasiones en la última década, los mexicanos no participan en nada y menos pertenecen a algún tipo de organización. Más del 90 por ciento de los mexicanos permanecen al margen de las actividades públicas. Se trata de niveles de compromiso cívico deplorables, escenario propicio para la manipulación mediática. A cambio de ello, una actitud dependiente frente a un Estado paternalista y no solo benefactor.

El Estado mexicano no solo no es producto de las clases sociales a la manera clásica, sino que creó a las mismas: propietarias y obreros, trabajadores del terciario incluidos. Eso explica por qué hasta los empresarios son timoratos en la inversión si no hay un gobierno detrás que les garantice las ganancias. El Estado paternalista es una añoranza máxima cuando se vive una crisis económica y de inseguridad como la que hoy padecemos.

La otra responsabilidad en el retorno priista la deben asumir sus adversarios: la corrupción extendida bajo los gobiernos panistas, la cultura de la administración pública como botín, además de la colonización de la misma, diría Soledad Loaeza (2010); una estrategia frente a la inseguridad que ha dejado miles de muertos, la pobreza creciente; todo ello caló hondo en la sociedad mexicana. Afirma Loaeza que la visión y prácticas de grupo repercutieron en el tipo de gestión pública instrumentada por el panismo: "El principal peligro consiste en profundizar la partidización de la administración y de las decisiones gubernamentales. Sacrificando la eficiencia y la racionalidad que deberían ser su inspiración, y con ello la posibilidad de que el gobierno atienda a todos los mexicanos y no solo a los panistas" (Loaeza, 2007, p. 36). Se trata del "uso faccioso" de la administración pública que recuerda los momentos más sombríos del antiguo régimen.²

2 "Este uso faccioso, partidista y discrecional de las instituciones públicas es tal vez la peor herencia del viejo régimen autoritario que tanto los gobiernos (...) de Fox y Calderón parecen querer mantener (...). Un uso que es a todas luces incompatible

Pero desde el flanco izquierdo las cosas han sido también una suma de errores y políticas fallidas. Su división es evidente, como los escándalos que han acompañado a sus administraciones. Ello aunado a una sociedad que recela de posturas radicales.

La izquierda ha padecido divisiones internas que han menguado su capacidad para plantearse como una alternativa frente al PRI y el PAN. Todos se reclaman como los auténticos representantes populares, aunque solo lo sean de una tribu. Cuando se califica como una "izquierda moderna" normalmente se refieren a pactar posiciones electoreras. Los triunfos más significativos han sido en las elecciones de jefe de gobierno en el D.F.: 1997, 2000, 2006 y 2012. En términos nacionales sus mejores resultados ocurrieron en 1988 y 1997 de la mano de Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano. Tres años después Andrés Manuel López Obrador gana la elección del D.F., y en 2006 y 2012 obtiene el mayor número de votos para una candidatura de izquierda en la historia política nacional. Pero bien mirados, los resultados obedecen al liderazgo y carisma del candidato antes que a una estructura partidista. Si los porcentajes de votos del PRD y la izquierda sin López Obrador promedian el 17 por ciento, prácticamente se duplican con este último como candidato. Se trata de una izquierda muy personalista, exactamente como la cultura política presidencialista.

La coincidencia de las candidaturas exitosas es que (a excepción de Miguel Mancera en el D.F.), Cárdenas, López Obrador y Marcelo Ebrard proceden del PRI. Este es el único partido que de sus divisiones pueden surgir partidos nacionales. Fue el caso del PRD, que reconoce en la Corriente Democrática que rompe con el PRI en 1987 la base principal de la organización surgida el 5 de mayo de 1989.

EL SISTEMA MEXICANO DE PARTIDOS POLÍTICOS

Las más de siete décadas del PRI en el poder dejaron marcas indelebles en la cultura política de los ciudadanos y en el sistema de partidos políticos.

La mayoría de los mexicanos nacidos después de 1929 y hasta la década de los 90, no conoció otro sistema más que el de partido predominante o unipartidista.³ En efecto, el PRI, bajo sus diferentes denominaciones, fue un partido hegemónico y su longevidad en el poder se explica en gran medida por apoyar el ejercicio gubernamental con altas tasas de crecimiento económico y desarrollo. La larga hegemonía no se puede explicar solo a partir del régimen autoritario, sino en su capacidad de generar las bases económico-sociales para estructurar un sistema corporativo de apoyos mutuos gobierno-sociedad.

Es lugar común afirmar que la cultura política se transforma de manera gradual; el tipo de ciudadanía que se gestó durante décadas pudiera caracterizarse, según algunos estudiosos, como conservadora; eso explicaría la forma como tuvo lugar el cambio de partido en el poder. El paso del PRI al PAN en 2000 y el posterior regreso del PRI al poder en 2012 nos habla de una ciudadanía que no se arriesga por el cambio. Prefiere votar por la conservación del régimen vigente que por apoyar una alternativa de centro izquierda o que proponga cambios considerados como radicales o de fondo a la estructura institucional vigente. Las bases conservadoras de la cultura política nacional se alimentan de la interacción con un Estado paternalista que suprimió la necesidad de una ciudadanía participativa y vigilante de las acciones de los gobiernos y que les exigiera rendición de cuentas. El corporativismo mexicano suprimió la necesidad de pertenecer y organizarse para participar; el compromiso cívico se redujo a brotes marginales de activismo urbano, las necesidades básicas de bienestar social provenían del gobierno y concretamente de los programas gubernamentales.

No sería hasta los años 80 cuando el modelo de desarrollo se fracturó y la crisis empujó a amplios contingentes de la clase media urbana a cuestionar el modelo autoritario de gestión pública, identificado con el PRI. Se agotaron los recursos económicos que servían para mantener el sistema de intercambios del corporativismo. El partido político beneficiario de esa amplia insatisfacción fue el PAN, que se había mantenido

con cualquier idea seria de lo que es y debe ser un auténtico Estado de derecho" (Salazar Carrión, 2007, p. 32).

3 Sobre los criterios de clasificación de los sistemas de partidos, puede verse Valdés (1995, pp. 31-34).

como la organización de oposición basada en las reivindicaciones de los derechos políticos ciudadanos desde su nacimiento en 1939. Esto fue evidente cuando en alcaldías norteañas de Chihuahua y Baja California comienzan a registrarse las primeras alternancias después de décadas (los primeros gobiernos municipales de oposición fueron los de León, Guanajuato, en 1946 y Quiroga, Michoacán, en 1947).⁴ Y culmina con el triunfo de Ruffó Appel en 1989 que representa la primera gubernatura de oposición en la historia política mexicana.

Pero la transformación del PAN de partido de oposición a gobierno tuvo repercusiones importantes en el sistema de partidos nacionales: se perdió la principal fuente de crítica a los excesos autoritarios de la administración pública. PAN y PRI han compartido la visión de que la mayoría de los problemas económicos y sociales del país se resolverían con buenas administraciones; es decir, sin corrupción, con funcionarios honestos. Los problemas no tienen su origen ni en la estructura social, como tampoco en las instituciones surgidas en el largo periodo posrevolucionario, coinciden. Era un simple problema de alternancia gubernamental. Todo se resolvería al ganar el PAN los diferentes comicios. De ahí la visión simplista de México: todo es cuestión de buenos contra malos. Por ello, tanto los gobiernos emanados de Acción Nacional como sus resultados son tan difíciles de distinguir de los conseguidos por los gobiernos priistas. Por ello el veredicto ciudadano: todos son lo mismo.

El Partido de la Revolución Democrática fue fundado el 5 de mayo de 1989; coincide en el tiempo con los primeros triunfos importantes de la oposición panista, no es casual. Desde el flanco izquierdo no se contaba con un partido político nacional de fuerte presencia social. Su antecedente, el Partido Comunista Mexicano, desde su surgimiento en noviembre de 1919 y hasta 1979 —que fue legalizado— fue un partido clandestino y marginal —en mucho por su condición de “ilegalidad” al que fue condenado. En 1981 desaparecieron sus siglas y dio paso al Partido Socialista Unificado de México hasta el año de 1987, cuando se transforma de nuevo en Partido Mexicano Socialista (que integró al PSUM y al Partido Mexicano de los Trabajadores). Dos años después

4 Sobre el tema véase Bassols Ricárdez y Arzaluz Solano (1996, pp. 103-124).

surgía el PRD, a partir de la incorporación de la Corriente Democrática desprendida del PRI.

En el mayor partido de la izquierda mexicana confluyen diversas corrientes ideológicas que le dan riqueza pero también ayudan a explicar la fragmentación en tribus y grupos, que abarcan buena parte del espectro histórico de la izquierda nacional e internacional. Lo cierto es que después de la experiencia de la candidatura de Cárdenas a la Presidencia de la República a través de un frente partidario denominado Frente Democrático Nacional y del primer gobierno estatal reconocido en 1997 al ganar el mismo Cárdenas la jefatura del gobierno del Distrito Federal, en el PRD se impone la línea política de que es a través de los procesos electorales como se transformará al país.

Por la vía electoral, y particularmente por la necesidad de competir en condiciones reales en las urnas, la izquierda mexicana fue perdiendo su “identidad clasista” que distinguió a los partidos de izquierda hasta los años ochenta. De ahí que tuvo que enfrentar lo que Adam Przeworski denomina “el dilema de los partidos de clase”:

Los líderes de los partidos de clase se ven obligados a elegir entre un partido homogéneo en su atractivo de clase pero condenado a perpetuas derrotas electorales o un partido que lucha por la victoria electoral a costa de diluir su orientación de clase. Tal es la alternativa que se les presenta a socialistas, socialdemócratas, laboristas, comunistas y demás, dada la mencionada combinación de estructura de clase e instituciones políticas en las sociedades capitalistas democráticas (Przeworski, 1985, p. 121).

Para ganar elecciones todos los partidos buscan el voto ciudadano, que en muchos de los casos es verdaderamente escaso. En la disputa del sufragio, prácticamente todos los partidos políticos desplazan el eje de su discurso hacia el centro del espectro ideológico y es cuando se extravían las diferencias, al menos para la mayoría de la población. Estas se reducen a cuestiones de personalidad de candidatos, a lo que el *marketing* político destaque. De ahí que para el veredicto ciudadano las distancias entre la oferta de partidos y candidatos no exista: todos son lo mismo.

El conservadurismo en la cultura política nacional aunado al “dilema” de los partidos en la búsqueda del sufragio permite entender en gran

medida la fortaleza del PRI y su retorno al poder tras 12 años de gobiernos panistas. Con una estructura nacional apenas trastocada pese a haber perdido la Presidencia de la República en 2000, con la reproducción de cuadros y liderazgos regionales y locales, pudo sortear el desafío que le planteó la derrota. Buenas campañas mediáticas y candidatos atractivos, en un escenario de una ciudadanía de baja intensidad explicable por la monopolización de las principales vías de información son las variables que ayudan a comprender las permanencias y continuidades políticas nacionales.

UN EJEMPLO, EL PRI EN UN CONTEXTO PANISTA: BAJA CALIFORNIA

La entidad paradigmática en el ámbito de la alternancia política es Baja California. Desde 1986 iniciaron las victorias reconocidas del Partido Acción Nacional; pero desde 1943, cuando surge a nivel local, tuvo una fuerte recepción que permite afirmar la existencia de un histórico bipartidismo PAN-PRI. En ese contexto, a partir del triunfo de Ruffo Appel, como el primer gobernador de oposición en la historia política mexicana, la entidad se convirtió en un símbolo de los gobiernos blanquiazules. En ninguna otra entidad el PAN ha triunfado en cuatro elecciones consecutivas para gobernador; al concluir el periodo actual (2013) habrá mantenido el poder por 24 años. En las otras entidades se tienen registros de dobles alternancias.

A pesar de que Acción Nacional ha sido el partido dominante por más de dos décadas, el PRI no solo no ha desaparecido, sino que se ha mantenido como el principal partido de oposición, pero además ganando todas las alcaldías en las pasadas elecciones intermedias (2010), así como la mayoría absoluta en el Congreso, situación que no se registraba desde 1980. Por si fuera poco, en las elecciones federales de este año el PRI ganó seis de los ocho distritos en los comicios presidenciales y siete de los ocho diputados de mayoría relativa.

Si echamos un vistazo a los datos de las elecciones para gobernador, podemos ver que en 1989 Ruffo Appel triunfó con el 52.29 por ciento de los votos, mientras que su contrincante priista, Margarita Ortega Villa,

obtuvo el 41.73 por ciento de los sufragios; la diferencia entre ambos contendientes fue del 10.55 por ciento. La suma nos da idea de la alta concentración de las preferencias por ambos partidos y la constatación del bipartidismo de la cultura política local. Los candidatos del PAN y el PRI se repartieron el 94.02 por ciento del total de los votos válidos. Si tomamos los datos de la elección de diputados en esa misma elección los votos para candidatos panistas sumaron el 44.84 por ciento, mientras que los candidatos priistas recibieron el 40.92 por ciento de las preferencias. Esto significa que la figura de Ruffo Appel es fundamental para explicar el voto diferenciado. De nuevo la personalización de la política.

Seis años después, Héctor Terán Terán refrendaba el triunfo panista al alcanzar el 49.59 por ciento de las preferencias sobre el candidato del PRI, Francisco Pérez Tejada, quien se quedaba con el 41.22 por ciento de los votos. El PAN obtuvo un porcentaje inferior respecto a la elección paradigmática de Ruffo Appel. Ahora la diferencia entre los votos conseguidos por los candidatos del PAN y el PRI fue de 8.37 por ciento, pero la suma del bipartidismo llegó a 90.81 por ciento.

Para la siguiente elección de gobernador, en 2001, el panista Eugenio Elorduy Walther obtuvo el 48.69 por ciento de los sufragios, mientras que Daniel Quintero Peña, abanderado del PRI, alcanzó un 36.61 por ciento. Entre ambos sumaron el 85.30 por ciento de las preferencias y la brecha entre ambos contendientes se amplió a un 11.98 por ciento, la mayor de todas las elecciones aquí referidas. Es decir, la caída en las preferencias priistas amplió la diferencia obtenida por los candidatos de los partidos mayoritarios.

Pero para 2007, la diferencia entre primero y segundo lugar se redujo drásticamente, para situarse en un 6.31 por ciento, la menor entre las cuatro contiendas analizadas. El panista José Guadalupe Osuna Millán triunfó con el 50.37 por ciento de los votos, mientras que Jorge Hank Rhon recibió el 44.06 por ciento de los sufragios. Fue la elección más disputada desde que tuvo lugar la alternancia en el poder en 1989. Y la que mayor concentración del voto por los partidos mayoritarios registró, alcanzando el 94.43 por ciento, ligeramente superior a la de 1989.

Cuadro 1. Porcentaje de votos en elecciones de gobernador en Baja California, por partidos, 1989-2010

Año	PAN	PRI	PRD	Otros	Participación	Abstencionismo
1989	52.29	41.74	2.10	1.25	47.40	52.60
1995	49.59	41.22	3.23	0.66	62.90	37.10
2001	48.69 ¹	36.65	4.15	2.63	36.64	63.36
2007	50.37 ²	44.06 ³	2.30	0.83	40.59	59.41

¹ Alianza por Baja California (2001: PAN, PVEM)

² Alianza por Baja California (2007: PAN, Panal, PES)

³ Alianza para que vivas mejor (2007: PRI, PVEM, PEBC)

Fuente: Los datos de 1989 fueron tomados de Conepo (1995); los de 1995 a 2007, del Instituto Electoral y de Participación Ciudadana de Baja California, disponible en <http://www.iepcbc.org.mx/resultados.php>

Como pudimos ver, en una entidad que ha sido un emblema del panismo y donde tuvo lugar la primera alternancia en la gubernatura en la historia del país, la cultura bipartidista nunca desapareció, o si se quiere el PRI mantuvo una presencia significativa a través de las urnas. Es decir, el PRI no desaparece ni perdiendo las elecciones en tierra panista.

EL PRI NO PIERDE PORQUE NO GANAN EL PAN O LA IZQUIERDA

En las elecciones municipales de 2010 en Baja California, el PRI ganó las cinco alcaldías. Si uno revisa los resultados se percata de que el PRI ganó perdiendo votos respecto a la elección anterior; sin embargo, el PAN perdió más y con ello la elección. En virtud de que los militantes y simpatizantes panistas percibieron que las candidaturas habían sido una imposición del gobernador y de su secretario de gobierno (Francisco Blake Mora), decidieron no acudir a las urnas. Fue un abstencionismo de castigo y con ello favorecieron al PRI.

Tanto el PAN como los partidos de izquierda han echado mano de prácticas de designación y dedazo que, se suponen, eran patrimonio priista. Para una buena parte del electorado, los gobiernos emanados de ambos tipos de partidos y sus prácticas de corrupción no se diferencian; en ese sentido: “todos son iguales” y la posibilidad de volver a votar por el PRI estriba en un buen diseño de campaña y en el uso de los medios.

Además, candidatos atractivos suman votos de un electorado con escasa escolaridad y de baja intensidad.

Cuando se critica a la llamada “clase política mexicana” o a los representantes de los distintos poderes por el bajo perfil y su estrechez de miras, normalmente se hace de manera descontextualizada, como si fueran fruto de generación espontánea. Tenemos a los políticos que nos merecemos, o si suena esto demasiado fuerte podemos decir que los políticos y los partidos surgen de nuestra misma sociedad.

Esto quiere decir que muy probablemente el PRI nunca muere porque la sociedad mexicana y sus instituciones no se han transformado; los cambios reales no han sido suficientes y no han “destruido” el viejo régimen político vertical, corporativo y autoritario.

Como señala César Cansino:

Con la alternancia [del 2000] y el fin de la transición se inaugura un nuevo proceso en México que la literatura especializada denomina “instauración democrática”. Dicho proceso puede durar varios años y no hay ninguna seguridad de que culmine con éxito. La instauración democrática consiste básicamente en la derogación inmediata de las leyes y reglas antidemocráticas generadas durante el viejo régimen autoritario y el diseño y aprobación de las nuevas reglas y normas acordes con las exigencias de un régimen democrático, o sea la aprobación de una nueva Carta Magna. Cabe señalar que no ha habido hasta ahora ninguna transición democrática exitosa en el mundo que no haya pasado por una reforma integral de su Constitución, expresión normativa de los nuevos impulsos democráticos y renovadores. Como es obvio, en México no se ha podido materializar este requisito para instaurar la democracia y hacer tabla rasa del pasado autoritario. Lejos de ello, los impulsos democráticos surgidos con la alternancia han quedado atrapados en una normatividad obsoleta y predemocrática, alimentando todo tipo de perversiones y contradicciones, como parálisis decisionales, impunidad, abusos de autoridad, discrecionalidad y elecciones poco confiables. Huelga decir que sin una instauración democrática exitosa no se puede aspirar a consolidar la democracia. De hecho, solo se puede consolidar lo que se instaura, y en México no ha prosperado hasta ahora la reforma del Estado o reforma constitucional que tanto se pregonó en su momento (Cansino, 2012).

Pero este atorón en la instauración democrática que ha postergado el cambio institucional y su formalización en una nueva Constitución no es obra nada más de los actores políticos. Hay una fuerte responsabilidad ciudadana que al no demandar e involucrarse en las transformaciones requeridas ha permitido el cambio de gobierno sin instauración democrática. Pese a las señales que nos llegan de las redes sociales, la mayoría de los mexicanos no participamos ni pertenecemos a nada. Es muy complicado, por no decir imposible, que un régimen político se transforme sin la participación ciudadana.

Desde luego que existen muchas variables que nos ayudan a entender la baja intensidad de la ciudadanía: duopolios televisivos, control de medios impresos, un sistema educativo que no forma ni atiende al compromiso cívico, hegemonía conservadora en las iglesias mexicanas, una cultura autoritaria que tiene como eje a la familia tradicional, etcétera. Lo cierto es que las transformaciones que ha experimentado la sociedad mexicana no han alcanzado para el triunfo claro en las urnas de otras alternativas de gobierno, amén de las críticas al sistema electoral.

Tampoco se ha instalado en la agenda pública nacional el tema de la transformación del régimen político presidencial y su sustitución por uno de tipo semipresidencial o parlamentario. El presidencialismo mexicano parecería inherente a la “naturaleza del mexicano”. Connotados intelectuales han sostenido que no se debe discutir el cambio de régimen. Pero como lo demuestran los especialistas —de manera destacada Juan Linz—, el presidencialismo se encuentra más cerca del autoritarismo que de la democracia.

Los resultados de las dos últimas elecciones presidenciales muestran con claridad que la alta competencia, característica de las democracias, es incompatible con el régimen actual. Quien pierde una elección pero alcanza hasta 15 millones de votos no tiene cabida en el sistema de representación. Los segundos lugares tanto en comicios federales como estatales tienen que retirarse a la vida privada al concluir una elección. En los sistemas presidenciales, el segundo lugar se convierte en el líder de la oposición normalmente en el Senado. Hay un cauce institucional para la oposición; en México el destino para la permanencia política es la calle y la movilización. Es un absurdo del entramado institucional actual.

La percepción generalizada al término de los procesos electorales es que la vida pública y las instituciones son un cochinerito. Que la política es el reino de la oscuridad y de la corrupción; que todos son lo mismo y entonces los resultados los determina la imagen o la telenovela en turno. Son los medios electrónicos los que moldean los resultados. Cualquier candidato puede ganar, independientemente de sus propuestas o de lo que representa.

En ese contexto, el PRI tampoco se ha transformado porque no lo requiere para seguir ganando elecciones o para recuperar la Presidencia de la República. Por eso el túnel del tiempo con Carlos Salinas de Gortari como actor de reparto. Después de la derrota de 2000 y el naufragio de 2006, cuando su candidato presidencial cayó al tercer lugar, el PRI empezó a ganar elecciones locales. En consonancia con lo dicho anteriormente, pudiera afirmarse también que el PAN empezó a perder elecciones: en el periodo 2000-2012, el PAN solo ganó las elecciones locales de Baja California y Tlaxcala en 2007: perdió el resto. Claro, con la excepción de las tres gubernaturas en las que fue en alianza con el PRD: Oaxaca, Puebla y Sinaloa en 2010. Lo cierto es que los triunfos en elecciones locales fueron para el PRI.

Al parecer al tricolor le bastó el simple paso del tiempo para recuperar la ruta ganadora; no hubo una profunda reforma interna o estructural. Si acaso el surgimiento de algunos liderazgos. Le bastó el desastre electoral de sus adversarios.

Hace algunos años Ruffo Appel describía la estrategia militar seguida por el PAN para hacerse del poder: ir tomando fortalezas locales para asediar y llevar a cabo el asalto al cuartel central. Esa es exactamente la vía que ha seguido el PRI durante los últimos años. Crear además una sensación de inevitabilidad de su triunfo en 2012. Así, desde el arranque del proceso formal una gran parte de la sociedad estaba convencida de que ganaría su candidato. De ahí a hacer suyo ese voto solo había un paso.

Ante la pregunta provocadora que nos convoca en este libro solamente atino a plantear algunos supuestos. Quizás esas y otras hipótesis nos pueden ayudar a entender por qué el PRI ha vuelto al poder. Quizás otra respuesta más sencilla, sin tantos rodeos, sea: porque nunca se fue.

APUNTES SOBRE LA GEOGRAFÍA POLÍTICA
ANTES Y DESPUÉS DE 2012

Como hemos visto, el PRI nunca estuvo ausente y conservó su poder regional; pero a partir del 1 de diciembre regresó a la silla presidencial. Insisto, lo interesante es que nunca se fue. Antes de la elección ya gobernaba en la mayor parte de los ayuntamientos del país, era mayoría en los congresos locales y 20 de los 32 gobernadores eran de origen priista. En la elección presidencial, el candidato por la coalición Compromiso por México (PRI/PVEM), Enrique Peña Nieto, alcanzó un total de 19 millones 226 mil 784 votos (38.21 por ciento); mientras que el candidato de la alianza Movimiento Progresista (PRD/PT/Movimiento Ciudadano), Andrés Manuel López Obrador, alcanzó 15 millones 896 mil 999 sufragios. En tercer lugar se situó Josefina Vázquez Mota, candidata del PAN, con el 25.41 por ciento de las preferencias ciudadanas, es decir, 12 millones 786 mil 647 votos. Muy rezagado quedó Gabriel Quadri, abandonado del Partido Nueva Alianza, con tan solo el 2.29 por ciento de los sufragios, es decir, 1 millón 150 mil 662 votos.⁵

Para darnos idea del poder regional podemos tomar los datos de las entidades y sobre todo del partido gobernante antes y después de la elección del 1 de julio. Como sabemos, el acotamiento al poder presidencial de la última década significó el redimensionamiento del poder del que gozaban los gobernadores, quienes han llegado a controlar y/o determinar la vida pública en sus entidades.⁶

Las prácticas políticas en la determinación de candidaturas locales no ha variado en nuestro país, antes y después de la alternancia. Para muchos, los gobernadores son verdaderos “virreyes” o caciques regionales que imponen candidatos a través de sus partidos; aquí no parece haber diferencias significativas entre las diferentes opciones partidistas.

5 Datos tomados de <http://computos2012.ife.org.mx/reportes/presidente/distrital-PresidenteEF.html>.

6 Esto se pone en evidencia cuando analizamos la forma en la que se conforman los consejos electorales en las entidades, donde la decisión de los gobernadores es determinante.

Cuadro 2. Partido gobernante por entidad federativa, antes y después del 2 de julio de 2012

Estado	Gobernado por	Fecha de última elección	Elección de 2012
Aguascalientes	PAN	2010	
Jalisco	PAN	2012	PRI-PVEM
Morelos	PAN	2012	PRD-PT-MC
Guanajuato	PAN	2012	PAN
Baja California	PAN	2007	
Baja California Sur	PAN	2011	
Sonora	PAN	2009	
Sinaloa	PAN-PRD	2010	
Oaxaca	PAN-PRD	2010	
Puebla	PAN-PRD	2010	
Distrito Federal	PRD	2012	PRD
Guerrero	PRD	2011	
Chiapas	PRD	2012	PRI-PVEM-Panal
San Luis Potosí	PRI	2009	
Tlaxcala	PRI	2010	
Zacatecas	PRI	2010	
Michoacán	PRI	2011	
Campeche	PRI	2009	
Colima	PRI	2009	
Nuevo León	PRI	2009	
Veracruz	PRI	2010	
Durango	PRI	2010	
Querétaro	PRI	2009	
Tamaulipas	PRI	2010	
Chihuahua	PRI	2010	
Hidalgo	PRI	2010	
Quintana Roo	PRI	2010	
Tabasco	PRI	2012	PRD-PT
México	PRI	2011	
Coahuila	PRI	2011	
Nayarit	PRI	2011	
Yucatán	PRI	2012	PRI- PVEM-PSD

Fuente: Elaborado con datos de los 32 institutos electorales de México

Como se desprende del cuadro 2, el PRI ocupaba la gubernatura en 19 entidades, mientras que el PAN lo hacía en 10 y el PRD en tres. En tres de estas entidades (Sinaloa, Oaxaca y Puebla gobiernan en coalición PAN y PRD producto de las elecciones de 2010). Fruto de las elecciones concurrentes del 1 de julio donde estuvieron en juego siete gubernaturas, el PRI en alianza ganó tres, el PRD (también en coalición en dos de ellas) obtuvo tres y solo una sería para el PAN. Así, el mapa político estatal quedó conformado por 20 gubernaturas del PRI (perdió Tabasco, pero adicionó dos muy importantes entidades: Jalisco y Chiapas). El PAN, por su parte, perdió dos: Jalisco y Morelos (refrendó Guanajuato) y quedó gobernando en ocho; mientras que el PRD pasó de tres a cuatro gubernaturas, pues refrendó el Distrito Federal y adicionó Morelos y Tabasco, aunque perdió Chiapas.

La jornada electoral del 1 de julio de 2012 refrendó el amplio dominio político territorial que ejerce el PRI. También gobernará las 25 principales capitales del país y cuenta con mayoría relativa en la Cámara de Diputados (207 escaños de 500, sin sumar los 34 del PVEM), lo mismo que en la de Senadores (52 priistas y nueve del PVEM), pero también continuará gobernando en la mayor parte de los municipios y siendo mayoría en los congresos locales. Esa fuerza no es producto de una sola elección; es prueba irrefutable de lo equivocado de considerarlo un partido muerto o en retirada. Por el contrario, el desafío teórico es el de explicar cómo un partido cuyo crecimiento aparentemente se sustentaba en la relación de las organizaciones con el presidente continúa vigente y supera sus crisis aún sin contar con la Presidencia de la República. El PRI es consustancial al régimen político mexicano, el cual no cambia pese a sus reformas. Aunque podría decirlo de otra manera: se reforma para no cambiar.

PARA NO CAMBIAR

Durante el seminario del que surgió el presente texto, uno de los ponentes concluyó: "el mexicano es un sistema político hecho para no cambiar". Si ello es así, se trata de una clave fundamental para comprender cómo ha sido la historia política de México y sobre todo por qué ha seguido ese camino.

La historia de este país es una historia de revoluciones y reformas que han cambiado muy lentamente la estructura social, económica y política. Hay un texto clásico del historiador John Womack Jr., titulado *Zapata y la Revolución Mexicana* (1984, p. xi), en cuya primera página se lee: "Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución. Nunca imaginaron un destino tan singular". Se trata de uno de los juicios más certeros sobre nuestra paradoja histórica y que explica el derrotero de la Revolución Mexicana y del destino del país y de sus protagonistas.

Al parecer hacemos todo lo posible por no cambiar, somos un pueblo conservador que solo acepta los cambios lentos y graduales.

A propósito de nuestra entrada a la democracia, otro autor, Jesús Silva-Herzog Márquez, escribió:

No es fácil narrar el cuento de la transición mexicana. A diferencia de otros procesos de construcción democrática, en México se ha vivido la lenta sedimentación del pluralismo. No encontramos muertes emblemáticas, elecciones fundadoras, congresos constituyentes, grandiosas movilizaciones, ceremonias de alternancia que ayuden a hilvanar las huellas de la biografía. La transición mexicana es un goteo acumulado (1999, p. 54).

El sistema político mexicano presidencialista se erigió al término de la revolución y se basó en el control de los caciques y caudillos y en la integración y exclusión de las masas en las decisiones, ello a través del PNR fundado por Plutarco Elías Calles en 1929. La investigadora Soledad Loeza afirma que entre el Partido Nacional Revolucionario (1929) y el Partido Revolucionario Institucional (1946), pasando por el Partido de la Revolución Mexicana (1938), no hay una línea de continuidad, que prácticamente son partidos diferentes. No comparto esta idea. El partido se fue adaptando a las circunstancias y retos de la sociedad que emergió de la Revolución, con pleno control de la vida política y teniendo a su favor un desarrollo económico sostenido. Pero también propició las transformaciones de las elites políticas. Entre 1929 y 1946, se pasó de gobiernos militares a civiles (el último presidente militar fue Manuel Ávila Camacho, 1940-1946). En 1946 inició un periodo civilista (con Miguel Alemán Valdés) que se extiende a nuestros días.

Pese al civilismo, el sistema político es profundamente autoritario y paternalista. Durante décadas, un sistema de partido hegemónico corporativo impidió la participación individual y la sujetó a las organizaciones: la única posibilidad de hacer política fue a través de aquellas. Eso prohió una sociedad civil y una ciudadanía prácticamente inexistente. No había necesidad de participar ni de tomar decisiones, alguien lo hacía por nosotros.

Los mexicanos no estamos acostumbrados a participar, menos para lograr cambios, quienes lo hacen se salen del guion y son estigmatizados. Esta característica de pasividad ciudadana apenas empieza a transformarse. La democracia exige la participación informada, como bien lo planteó el politólogo Robert Dahl (1999, pp. 97-115). Nos debemos atrever a cambiar pese a que todo conspira contra ello. Es más fácil no hacer nada o hacerlo tímidamente: Conservar privilegios es lo más seguro. Pero estamos atrapados en un círculo vicioso: El sistema político presidencialista se basa en la pasividad ciudadana, pero para cambiarlo se requiere la participación. Ese es un reto importante para los tiempos por venir: El autoritarismo que caracteriza a la cultura política mexicana tiene su matriz en el sistema presidencialista; debemos transitar hacia un régimen diferente que permita el equilibrio de poderes, una representación política que propicie la responsabilidad frente a los gobernados, la rendición de cuentas, la transparencia y la calidad de la democracia. No es problema de un gobierno, sino de un diseño institucional democrático.

REFERENCIAS

- Bassols Ricárdez, Mario y Socorro Arzaluz Solano (1996), "Gobiernos municipales y alternancia política en ciudades mexicanas", *Frontera Norte*, México, vol. 8, núm. 16, El Colegio de la Frontera Norte, julio-diciembre.
- Cansino, César (2012), "De la transición continua a la instauración democrática fallida. El caso de México en perspectiva comparada", *Tlamelahua*, México, vol. 6, núm. 32, abril-septiembre, pp. 6-29.
- Conepo (1995), *Las elecciones locales en Baja California y su contexto sociodemográfico*, Baja California, Conepo.
- Córdova, Arnaldo (1972), *La formación del poder político en México*, México, ERA.

- Dahl, Robert (1999), *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Buenos Aires, Taurus.
- Garrido, Luis Javier (1986), *El partido de la revolución institucionalizada. La formación del nuevo Estado en México*, México, Secretaría de Educación Pública / Siglo XXI.
- Loaeza, Soledad (2007), "Acción Nacional en el gobierno", *Nexos*, México, núm. 355, julio.
- (2010), "Cuando el PAN estaba en la oposición", en <http://www.soleadaloaeza.com.mx/?m=201005>, 26 de mayo.
- Przeworski, Adam (1985), *Capitalismo y socialdemocracia*, Madrid, Alianza.
- Revels Vázquez, Francisco (coord.), (2003), *Partido Revolucionario Institucional. Crisis y refundación*, México, UNAM / Gernika.
- Salazar Carrión, Luis (2007), "¿Por qué ganan?", *Nexos*, México, núm. 355, julio.
- Valdés, Leonardo (1995), "Sistemas electorales y de partidos", *Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática*, México, núm. 7, Instituto Federal Electoral.



COLECCIÓN ESTUDIOS MEXICANOS

La interrogante que da título al presente volumen admite un sinnúmero de posibilidades, desde factores culturales muy arraigados en los mexicanos hasta cuestiones normativas y de diseño institucional que jugaron a favor de la supervivencia del PRI, pasando por las características de nuestra incipiente transición a la democracia, la cual nunca hizo tabla rasa del pasado autoritario, como suele ocurrir en este tipo de procesos. El tema es complejo y requiere un análisis multidisciplinario y multicausal. En virtud de ello, hemos convocado en este volumen a un conjunto de especialistas muy reconocidos para dilucidar sobre este asunto tan crucial para el México actual.

La pregunta es pertinente por cuanto no existe en el mundo otro referente similar que antepone en el que un partido que fuera pieza central de un régimen autoritario haya perdido el poder y al cabo de un tiempo lo haya recuperado mediante el sufragio popular.

